

Sinonimia de la conciencia

José Luis Mañas Núñez
Médico



Hace unas semanas, en estas mismas páginas, el médico y poeta Basilio Sánchez nos contaba cómo descubrió de la mano de Rilke ese “carbón encendi-

do que se obstina en el lugar más íntimo de cada uno”, que no es más que el asombro consciente y personal de vivir. Para responder a ello, para nombrar la duda, un ser simbolizante como el hombre puede recurrir a la palabra y la necesidad de sosiego quedaría satisfecha en forma de poesía.

Los últimos trece años los he pasado cuidando (entre otros pacientes incurables) a personas en estado vegetativo. Ante estos enfermos me pregunto por las condiciones de su conciencia. La desconexión del medio que padecen no permite descartar cierta autonomía soliloquiaria de su actividad consciente, puesto que si la conciencia es algo realmente ubicuo en el cosmos, de la misma forma debe situarse difusamente y en diversos grados en el cerebro, y quizá persista anatómica y funcionalmente como correlato a los respectivos rastros evolutivos (arqui-paleo-neopallium). Ante el daño orgánico que la obstaculiza la conciencia se me antoja como un venero de agua subterráneo, con muchos ramales que no encuentran la superficie pero que aun entre angosturas no paran de fluir. Llego a imaginar que estas personas cuyos cuerpos yacen ante mi tan ausentes, en conciencia residen en una isla sentados sobre una piedra con la espalda apoyada sobre una encina, en clara actitud de espera aunque ignore qué aguardan. Quiero manejar este símbolo de centralidad, estabilidad, inviolabilidad e inaccesibilidad para otorgar a la conciencia la primordialidad que exige y que en las diversas representaciones fantásticas, simbólicas o poéticas de las diferentes tradiciones está presente como regnum invisible, rey de reyes, rey del mundo, centro supremo del mundo, señor universal, uno, todo, big bang, dios, etc. No puedo creer que si la conciencia de una ameba le ofrece

un barrunto más o menos rudimentario de existencia, la conciencia de una persona en coma no conserve al menos ciertos rescoldos de actividad aunque su luz no logre aflorar entre tanta ceniza.

No puedo evitarlo, me quema el enigma de la conciencia. Allá donde miro sólo veo conciencia. La misma culturalidad es una escuela de la conciencia humana. Resulta turbador afirmar cómo algo material (mi cuerpo) puede ser consciente, porque no puedo negar la base material de la conciencia, ni su presencia evolutivamente expansiva hasta llegar a la vanguardista estación humana, paradigma de la singularidad escindida que puede segregarse fuera de sí ciertas representaciones. Yo me pienso; y pienso a los tús que he sido (secuelas del monólogo interior actuando en el teatro del mundo) hasta llegar al presente gerundivo (río de conciencia) donde me acomodo para proyectar la futurición



que me sostiene; y pienso a los (y lo) demás: todos constituimos la realidad y mi conciencia salubre se percata lúcida de ello. El hecho de la conciencia viene desde tan lejos que un organismo unicelular la posee aunque limitada por su idiosincrasia. Hasta sistemas retroalimentados producto de la culturalidad técnica, como un termostato, tocan tangencialmente el concepto de conciencia. Sin embargo, sólo el hecho humano adquiere voluntad para escoger lo bueno (es libre), capacidad para entender lo verdadero, y sentimiento estético para apreciar lo bello.

Cuando percibo sensorialmente un objeto, por ejemplo una rosa, enseguida adquiere conciencia de su individualidad (formación de un percepto en la corteza occipital o cosa-realidad), pero también de la significación que su presencia me sugiere (génesis de un concepto universal y genérico o cosa-sentido): es una flor y no un animal ni una piedra. La nom-

bro y me quedo a gusto. Pero por último puedo crear un ficto: Rilke o Juan Ramón Jiménez descubren el regocijo habitable de una rosa a pesar de la espina homicida que ostenta. Pero además, una vez percibido y conceptualizado el mundo, el hombre no puede prescindir de los fictos: Cervantes erige un delirio controlado en forma de don Quijote de la Mancha; Newton con su mecánica y Maxwell con su electrodinámica trascienden la realidad de acontecimientos que estamos tan acostumbrados a ver que nos pasan desapercibidos; Plank “cuantiza” la energía, Einstein construye las teorías de la Relatividad, Aristóteles su metafísica, Santo Tomás demuestra la existencia de Dios. En San Juan de la Cruz o Santa Teresa la conciencia de estar fundidos con el Todo se revela en forma de metáforas místicas; en Pessoa una muchedumbre heteronímica de Túes da cuenta de la lúcida percatación de su condición humana, etc.

En estas circunstancias la conciencia de la realidad adquiere en el hombre una dimensión inusitada: la creación de la ficción simbólicamente aceptada o no. En este momento estructural, la respuesta a los problemas que la realidad plantea pueden tomar tres vías resolutorias, o quizá sólo paliativas: el pensamiento metafísico-religioso, el pensamiento místico y el pensamiento científico. Aunque didácticamente los separo en tres denominaciones, los epígrafes no son estancos y existe un intenso trasiego de contenido entre ellos. Quiero decir que un teólogo, un filósofo, un poeta y un científico no buscan verdades tan diferentes porque persiguen el mismo objetivo: tender un ficto pensamental para cubrir el abismo a donde somos conducidos por nuestra infatigable conciencia humana ¿Alguien puede decir que no ha sido aún deslumbrado por su carbón encendido?

Creo que la experiencia de la realidad debe ser expresada con un lenguaje propio: palabras, fórmulas matemáticas, modelos científicos, música, pintura, escultura, trayectoria vital, etc. Pero centrándonos en la creación de verdades subjetivas y metafóricas que luego la culturalidad acepta o no según su validez funcional (objetivación), el poeta y el científico se parecen demasiado: poesía y ciencia se completan mutuamente.

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

Des-política

Hemos llegado a un momento en que los ciudadanos creemos que la democracia consiste en no preocuparse por nada: no tenemos nada que aportar, nada que decir. No nos damos cuenta que el no decir es la auto-negación del ser sujeto. ¿Cómo es posible que la democracia que en Grecia consistía precisamente en ser sujetos, haya degenerado tanto?

Solamente cuando nos vemos afectados en alguno de nuestros intereses (propietarios) inmediatos peleamos a modo de bebés glotones en compañía de nuestro abogado. Huimos del mal, pero ahora el mal no está enmarcado por la ética, sino por la armonía consumista, una especie de alboroto interno que se activa cuando no podemos llegar al estante último en el que está colocado el último móvil. El sin-sentido del consumo se concentra en dominar el tiempo comprando el último modelo. Sin darnos cuenta queremos cambiar el nihilismo por el ticket de compra. Un despropósito.

Para superar esto no hay más remedio que despertar, aunque sea a empujones, la conciencia dormida de los que estén a nuestro lado. Esta coerción se convierte en libertad a condición de no caer en el maquiavelismo (confundir la voluntad del príncipe/poderoso con el bien común). El principio kantiano (el fin no justifica los medios) es relativo. La ética es una construcción social. Pensar que hay términos absolutos, verdades absolutas, es salirse del mundo social construido y de paso predisponer al personal a la aceptación bobalicona y depredadora del discurso publicitario del predicador de turno.

En nuestro momento histórico se han conseguido grandes logros en el mundo de la igualdad; es una ocasión única para que construyamos la verdad trágica, pluralista y pragmática. La ética como reino de los fines y la política como estrategia ética, como arte de supervivencia de comunidades libres.

La retirada de la política, de la discusión racional del bien común, es ceder el poder al oportunista de turno. Ya sabemos que la política vista de cerca es como todas las cosas vista de cerca.

No es previsible un final feliz. No hay bien del que no cuelgue un mal.